

- V. (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo la alegría sucede á las inquietudes.—Días brillantes; fiestas, recepciones.—La Exposición del Campo de Marte: el parque; las galerías; qué nuevos productos industriales, qué nuevos inventos da á conocer la Exposición de 1867: cómo la visita de las galerías del Campo de Marte permite comprender algunas de las tendencias de la sociedad moderna.
- VI.—Los visitantes de la Exposición: afluencia de príncipes y de reyes: el emperador Alejandro en París: llegada del rey Guillermo y de Bismarck.
- VII.—La revista de 6 de junio de 1867: por qué es particularmente memorable esta gran fiesta militar.—Atentado del polaco Berezowski.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Impresión que produjo el atentado de Berezowski: esto no obstante, las fiestas continúan.—Alejandro y Guillermo: Bismarck: atrevimiento y extrañeza de sus conversaciones.—Cómo aquel mes de junio fué el período más brillante de la Exposición universal: esplendores, gastos exorbitantes, disipación, intemperancias.—Lo que vieron demasiado los extranjeros y lo que no vieron bastante.—El teatro; qué es lo que está más en boga: éxito de la zarzuela *La gran duquesa de Gerolstein*: cómo el recuerdo de esta obra está indisolublemente unido al de la Exposición universal.—Partida del zar.—Partida de Guillermo, é impresión que deja.—Se anuncia la próxima llegada del sultán.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Tristezas que vienen á turbar la Exposición universal.—Se recibe la noticia de la muerte de Maximiliano.—Dictamen de la comisión del Cuerpo legislativo sobre la ley militar: alarmas y preocupaciones que este dictamen suscita.—La política prusiana: el parlamento aduanero: el incidente del Slesvig-Holstein.—Otra vez el proceso Berezowski: veredicto del jurado: impresión en San Petersburgo.
- X (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo no queda más que una alianza posible, la alianza austriaca: razones que hacen esta alianza muy penosa á la vez que muy necesaria.—Proyecto de una visita de pésame al emperador de Austria.—El emperador y la emperatriz parten para Salzburgo (17 de agosto de 1867).—Fiestas y conferencias: acuerdo general que se establece entre ambos gobiernos: cómo este acuerdo no llega á traducirse en estipulaciones concretas.—Irritación en Alemania: cómo se calma, aunque muy de mala gana, esa irritación.
- XI (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo prosiguen las fiestas de la Exposición aunque con algo menos de entusiasmo.—Viaje del emperador al Norte de Francia: discurso de Lila (26 de agosto de 1867): los *puntos negros*.—Visita del emperador de Austria á París: esperanzas que esta visita despierta: alianza que permanece siempre en estado de esperanza.—Clausura de la Exposición.

## I

En todos aquellos que llegaron á la edad de hombre hacia el final del Imperio quedó grabado de un modo indeleble el recuerdo del año 1867; y al través del tiempo se destaca en su memoria una imagen, la de la grandiosa fiesta internacional que Francia ofreció entonces al mundo. Para los contemporáneos, aquel año es el año de la Exposición, como el 1866 es el año de Sadowa y como el 1870 el de la guerra terrible. Hastiadas por la periodicidad de tales espectáculos, las generaciones jóvenes se admirarán tal vez de tanta obstinación en los recuerdos; pero esta sorpresa denotaría cierta ignorancia, porque entre todas las exposiciones, la de 1867 es memorable bajo dos conceptos: primero, por la ostentación de magnificencias de las que nadie había tenido idea hasta entonces, y segundo, por las violentas ráfagas de inquietud que soplando á través de la alegría pública estuvieron más de una vez á punto de dispersarlo todo. ¿Quién podría pintar con colores bastante vivos la brillante superficie de las cosas, los extranjeros desparramándose en la ciudad por todas las vías recientemente abiertas; París convertido en residencia de príncipes y lugar de cita de reyes; un prodigioso conjunto de quioscos, pabellones y galerías que surgían del suelo para encerrar las riquezas del Universo ó servir de asilo al placer; la reunión de todas las pompas, industriales, artísticas, mundanas, civiles y militares; y toda una población atenta á recrear á sus visitantes y sobre todo á divertirlos, y tan ingeniosa en este arte que llegaba hasta á parecer frívola? Pero, ¿quién podría asimismo anotar todas las disonancias lúgubres que la más refinada solicitud podía apenas sofocar? Todos los sobrevivientes, hombres maduros ó viejos, han conservado de aquella época una doble sensación, de deslumbramiento y de espanto. Nunca estuvieron más animadas las calles, ni más ostentosas las tiendas, ni más llenas las fondas ni más concurridos los sitios de diversión; nunca el gran

mundo y el mundo equívoco, arrastrados por igual aturdimiento, se codearon con tanta alegría y con tanta libertad. Durante un carnaval largo como no había ejemplo de otro igual, franceses y extranjeros se confundieron en las mismas locuras, dejando los últimos muy atrás á los primeros, á fuer de gentes que, lejos de sus casas, no han de guardar ningún miramiento y tienen además el recurso de acusar á sus huéspedes. Sin embargo, de cuando en cuando escuchábase un grito de aflicción, como el de una mujer que se encuentra mal en un festín; era el de Francia que de pronto recobraba su lucidez y ante cuyos ojos se aparecía un rincón del porvenir. Aquel año fué el de los valeses de Strauss, el de *La gran duquesa de Gerolstein*; fué también el año en que se consumó el drama de Querétaro y en que se consolidó en Alemania todo lo que había preparado Sadowa. Jamás se divirtió la gente con tanto frenesí, pero también con tantos sobresaltos de inquietud. Bailóse en la embajada de Austria, cuando el cable atlántico iba á traer la espantosa noticia de la inmolación de Maximiliano; bailóse asimismo en la embajada de Rusia, cuando cuatro horas antes había escapado á la bala de un asesino el soberano en cuyo honor la fiesta se daba. Los huéspedes imperiales eran Bismarck y el rey Guillermo que exploraban la Francia como con intención de volver á ella algún día; Alejandro, perseguido, aun en nuestro territorio, por el fantasma de Polonia; y Francisco José, doblemente herido en su política y en su raza y demasiado maltratado por nosotros para ser nunca amigo nuestro. Los mismos lugares, adornados con un lujo antes nunca igualado y nunca sobrepujado después, parecían condenados á un destino trágico: las Casas consistoriales, llenas en ciertos días de invitados ilustres, habían de ser antes de poco derruidas; y lo propio había de suceder con las Tullerías; todo desaparecería, soberano, residencia, todo hasta las ruinas. En ningún tiempo se pronunció con más afectación en las arengas públicas la palabra paz; pues en

tanto que ésta se pronunciaba, en el Palacio Borbón los diputados, graves y preocupados, disputaban al ministro de la Guerra ó á los consejeros de Estado el número de hombres necesarios para evitar ó retardar la decadencia nacional. Esta impresión de la fragilidad de las cosas ¿acaso no excitaba el ardor del placer en vez de refrenarlo? Parte por instinto, parte por presentimiento, la gente gozaba de los días de tregua, de los días de gracia, y gozaba de ellos locamente, como si se hubiese tratado de algo que no tenía mañana. Todo el año 1867 transcurre entre las dos sensaciones de luz deslumbrante y de sombras pasajeras y siniestras; pero la luz y la sombra se suceden de una manera tan brusca, que ningún pintor, aunque estuviera inspirado por Rembrandt, aunque fuera tan ingenioso y paciente como Gerardo Dow, no habría encontrado contraste más sorprendente. Tal aparece aquella época singular, apogeo y ocaso á la vez del Imperio: vista en conjunto, nos presenta una imagen vigorosa y potente, llena de relieve, rica de color, la imagen de los cortejos reales, de los soberbios desfiles, de los trajes deslumbrantes, de los espectáculos alternativamente grandiosos ó encantadores, lascivos ó bufos; pero, ahondando un poco, la mirada descubre al través de aquella superficie toda clase de indicios perturbadores, y sobre todo descubre los artificios de los grandes actores que preparan los resortes de los futuros acontecimientos. De este modo se reconstituye á los ojos del porvenir una historia con dos aspectos, muy franca y muy secreta á la vez, alegre y severa, magnífica y sombría, digna de ser narrada por Froissard, á condición, sin embargo, de ser revisada por Comines.

## II

Una serie de decretos ó decisiones ministeriales habían señalado el sitio en donde la Exposición debía celebrarse, nombrado los individuos de la comisión imperial, y, en una palabra, organizado el complicado mecanismo que el funcionamiento de una obra tan vasta exigía. A fines de invierno llegaron á París los primeros envíos; también llegaron algunos forasteros, aunque pocos en número y algo desconfiados en vista de los arribos de los primeros días. De pronto, todo pareció quedar en suspenso y densas tinieblas preñadas de amenazas se cernieron sobre la empresa cuando ésta no era todavía más que una esperanza.

La primera sombra, la más espesa, por poco lo invade todo; la nube se había formado en Alemania y era bastante grande para presagiar la tempestad. Difícilmente se comprendería el origen y la gravedad de la crisis si no se recordara la política de Bismarck desde que la victoria había puesto á Alemania entre sus manos.

El tratado de Praga había autorizado á Prusia para unir en un vínculo común todos los principados germánicos situados en la orilla derecha del Mein. El 15 de diciembre de 1866 habíanse reunido en Berlín los delegados de los Estados del Norte para sentar las bases de la organización futura; y como la palabra colaboración no habría sentado bien en aquel caso, puesto que Bismarck sólo toleraba subordinados, se convino en que la nueva alianza fuese designada, en recuerdo de la an-

tigua Dieta, con el nombre de Confederación, denominación asimismo impropia porque una confederación supone cierta igualdad entre los confederados, y allí Prusia había de ser la dueña absoluta por el número de sus súbditos, por el prestigio de la victoria y por la autoridad del ministro que la había engrandecido. El primer cuidado fué determinar cuáles atributos del poder público serían segregados de las soberanías particulares y delegados á la asociación. Los vencedores de Sadowa tenían interés en que el desposeimiento fuese completo, sabiendo, como sabían, que después no tendrían que hacer más que hacer suyos los despojos: la guerra, la marina, los ferrocarriles, las vías navegables, los correos y telégrafos, los intereses más generales del comercio y de la industria, tales fueron los objetos reservados al poder federal, con lo que los pequeños príncipes alemanes del Norte serían en tiempo de paz los administradores civiles de sus territorios, y en tiempo de guerra no serían nada. Faltaba organizar las instituciones que habían de regir este gran cuerpo político. Sólo los déspotas de mediocre importancia desconfían de la democracia; los demás, por el contrario, copian las fórmulas de ésta y la sojuzgan acariciándola. En esta parte de su obra se reveló toda la habilidad de Bismarck, quien, debiendo elaborar el poder legislativo de la confederación, desdeñó como pusilanidad mezquina todo cuanto fuese disminución del derecho popular. Su plan fué crear un parlamento elegido por sufragio universal directo; y esta misma osadía que desdenara la limitación del cuerpo electoral habíase negado á reglamentar las atribuciones de los elegidos, otorgándoles amplitud completa del derecho de interpelación, libertad absoluta para la constitución de la mesa y facultad ilimitada de iniciativa ó de enmienda. Ante tan lata y atrevida concesión, ¡cuán anticuados habían de parecer los complicados procedimientos de la Dieta, las viejas libertades de las ciudades, todas esas franquicias parciales y tímidas de que había vivido la antigua Alemania! La nueva asamblea se denominaría el *Reichstag*, es decir, el Parlamento, y este nombre completaría la ilusión.

Veamos ahora por qué rodeo el temible ministro restituía al principio de autoridad todo aquello que fingía arrebatarse. En el plan de Bismarck entraba una segunda Cámara, tan taciturna como ruidosa la otra y de un número de miembros tan limitado que apenas si tendría el aspecto de un cuerpo político: el *Bundesrath* ó consejo federal, que así se llamaba esta segunda asamblea, lo constituirían los delegados de los Estados particulares y sería la emanación de los gobiernos, así como el *Reichstag* lo era de la nación; y sin su sanción, ninguna ley sería perfecta. De modo que si á los elegidos del sufragio universal se les antojaba ser exigentes, podrían desahogarse cuanto les viniere en gana pronunciando discursos y presentando mociones y órdenes del día; pero todas sus pasiones irían á morir á la puerta de la modesta sala en donde celebrarían sus sesiones los representantes de los príncipes. Y desde el momento en que el *Bundesrath* era el dique que había de contener el *Reichstag*, el artificio sería completo si Prusia lograba dominar al primero. Por este lado, Bismarck, con su previsión habitual, se había procurado las seguridades necesarias, pues si bien Prusia sólo tenía 17 vó-

tos de los 43 que componían la asamblea, bastaría que dos de sus principales confederados se unieran á ella para que tuviese mayoría. Además, los miembros del *Bundesrath* eran los representantes de los príncipes; y ¿de quién dependerían éstos sino de Berlín? El ascendiente de Prusia se completaba de otro modo, pues en la nueva organización había reservado para su rey todas las prerrogativas del poder ejecutivo: el rey Guillermo tendría la presidencia de la Confederación del Norte; representaría á ésta en el extranjero; firmaría los tratados, decidiría la paz ó la guerra, convocaría y prorrogaría el Parlamento y podría disolverlo con el parecer del Consejo federal; ejercería el mando supremo de las fuerzas militares y como consecuencia de esto escogería los jefes de los contingentes; y finalmente, designaría al canciller de la Confederación del Norte, presidente de derecho del *Bundesrath*. Y ¿quién podría ser elevado á tal dignidad sino el omnipotente Bismarck? Tal era la asociación leonina cuyos estatutos, preparados en Berlín, habían de transformarse muy pronto en ley del Estado.

Este gran organismo político estaba autorizado por el tratado de Praga, y por muy peligroso que fuese para el porvenir, toda reclamación habría sido tardía ó no habría sido escuchada. Pero ¿bastaría el documento de Praga á Prusia puesta en la vía de los engrandecimientos? Observóse que el rey Guillermo, al promulgar la ley de incorporación del Slesvig, no limitaba por ninguna restricción el ejercicio de su derecho; y sin embargo, el tratado de Praga, en su artículo 5.º, incluído en él á instancias de Francia, había estipulado que se consultaría por medio de un plebiscito á los slesvigueses del Norte. ¿Había el gobierno de Berlín olvidado en tan poco tiempo la cláusula, ó es que se consideraba bastante fuerte para prescindir de sus compromisos con Austria, desconocer los modestos deseos de Napoleón y desdeñar las humildes súplicas de los daneses? En medio del gran trastorno universal, la infracción podía, en rigor, ser considerada como insignificante; en Europa, y sobre todo en Francia, otra cosa de mayor importancia preocupaba: «¿Qué es la frontera del Mein?, decía un día en Prusia uno de los nacionales liberales. Una estación en la que se detiene la máquina para tomar carbón, después de lo cual prosigue su camino.» ¿Y no había transcurrido ya el tiempo de parada, y Prusia no había extendido ya hacia el Sur la red de apretadas mallas en que había aprisionado al Norte? Los diplomáticos, dominados por viva aprensión y llenos de curiosidad, se afanaban por tomar nota de todos los indicios que revelaran el ardor ó los restos de timidez de Prusia. El jefe del gabinete de Stuttgart, Sr. de Varnbühler, se había negado á contestar á una interpección que le había sido hecha en 2 de octubre de 1866 en la Cámara wurtemberguesa sobre si existía ó no algún tratado por el cual el reino estuviera ligado al gobierno de Berlín. Sin embargo, á fines de noviembre nuestro cónsul general en Francfort, Sr. Rothán, afirmó en un despacho dirigido al ministro de Negocios extranjeros la existencia de tratados secretos; en las otras legaciones francesas, y especialmente en Berlín, todavía se dudaba ó se quería dudar, y habiendo el señor de Moustier transmitido la información procedente de Francfort, á fin de que fuese comprobada, no se qui-

so confirmarla ni desmentirla (1). Algún tiempo después, en enero de 1867, el primer ministro de Baviera, Sr. de Hohenlohe, interrogado en el Parlamento de su país, declaró imposible en el presente, pero muy deseable para el porvenir, la fusión de las dos Alemanias; y luego, revelando á medias lo que todavía no podía confesar, proclamó como una necesidad la alianza con Prusia en caso de guerra. Los Estados del Sur, estuviesen ó no ligados por medio de tratados, conducíanse ya respecto de Prusia, no como Estados independientes, sino como vasallos. El Sr. de Gramont, testigo de su modo de obrar, escribía desde Viena en 17 de febrero de 1867: «Los ministros directores de Baden, de Wurtemberg y de Munich se portan como verdaderos funcionarios prusianos (2).»

Ante estos indicios de una ambición que no sufriría limitaciones ni fiscalización, ¿qué actitud adoptaría el gobierno imperial? Pesaban sobre éste gravemente las faltas que había cometido. La más vulgar prudencia aconsejaba evitar toda provocación, y la famosa circular del Sr. de La Valette había sentado recientemente otra política muy distinta de la de desafío, á saber, la de aceptar los hechos consumados. Francia, descontenta de los demás y de sí misma, era á la vez demasiado juiciosa para correr aventuras y demasiado nerviosa para resignarse por completo; y en este estado de agitación perpleja é irritada, buscaba afanosamente alguna sombra de ventaja que velara su descrédito á los ojos de Europa y á los suyos propios. Napoleón, que observaba atentamente estas tendencias, ardía en deseos de satisfacerlas, y á raíz de los preliminares de Nikolsburgo habíase hecho la ilusión de que una adquisición de territorio, por modesta que fuera, calmaría el amor propio nacional. De aquí demandas de compensaciones, negociaciones tardías, mal llevadas y equívocas, cuyo triste resultado ya hemos visto. El fracaso mismo de estas negociaciones dejaba en pie algunos restos de esperanza, y á decir verdad, Bismarck procuraba no destruir del todo estas ilusiones, no disgustándole prolongar las ambiciones modestas con que nos llevaba á remolque; es más, según dice el Sr. Benedetti, á veces nos excitaba, se burlaba de nuestros escrúpulos y decía que en nuestro lugar no habría vacilado tanto y se habría proporcionado su parte de botín. En resumidas cuentas, después de haber reservado el territorio alemán, en su concepto inviolable; después de haber confesado que, dada la oposición de Inglaterra, sería imprudente y peligrosa toda tentativa contra Bélgica, añadía que si en nuestras fronteras había alguna nueva Saboya, no tendría reparo en imitar á Cavour y en dejar que fuera unida á Francia; pues si bien no nos ayudaría á engrandecernos, adoptaría sin gran disgusto el hecho consumado.

Ahora bien; no era difícil descubrir en nuestras fronteras septentrionales una provincia que fácilmente se separaría de sus antiguos dueños y que ofrecía cierta semejanza con la Saboya: aquella provincia era el gran ducado de Luxemburgo. Ese pequeño territorio, demasiado débil para substraerse á toda influencia extranjera, había estado sometido, al través de las edades, á las

(1) Véase Rothán, *L'affaire du Luxembourg*, páginas 74, 75 y 435.

(2) *Correspondance inédite*.

dominaciones más diversas, aunque sin perder nunca completamente su individualidad histórica. Los arreglos durante el siglo XIX ajustados por las potencias le habían creado una posición extraña, un tanto complicada y oscura: el tratado de 19 de abril de 1839 había proclamado al Luxemburgo independiente, pero bajo el cetro del rey de los Países Bajos que debía gobernarlo con instituciones separadas; Estado soberano con un príncipe que residía en La Haya, el gran ducado dependía también de Alemania porque formaba parte de la Confederación germánica y porque además había ingresado en el *Zollverein*; y finalmente, la ciudad de Luxemburgo, plaza fuerte tan antigua como famosa y posición avanzada contra Francia, había sido declarada en 1815 plaza feudal, y como tal hallábase ocupada por una guarnición prusiana. Los acontecimientos de 1866 acababan de simplificar, sin embargo, cuando menos en apariencia, tan compleja situación: en efecto, la antigua confederación había sido disuelta y la nueva se constituía sin que de ella formara parte el gran ducado, con lo cual cesaba el vínculo que unía á éste con Alemania y creíase que también el que la ligaba á Prusia. Emancipado de esta suerte, el Luxemburgo no parecía depender ya más que del rey de los Países Bajos, del *rey gran-duque*, como se le llamaba; pero para la casa de Orange-Nassau ¡cuán escaso valor tenía aquel distrito lejano, fuente de dificultades más bien que de beneficios, y moral y materialmente separado de los Estados holandeses! Francia, por el contrario, era su vecina inmediata y estaba dispuesta á recoger agradecida, y sin duda á pagar caro, lo que otro abandonase. La provincia era de mediana extensión y de población escasa, pues apenas contaba doscientos mil habitantes, y su única importancia estribaba en su plaza fuerte, de aspecto formidable, pero demasiado ponderada, al decir de los ingenieros. Si se realizaba una cesión en toda regla; si las poblaciones, sinceramente consultadas por medio de un plebiscito, aceptaban este cambio de soberano, ¿quién podría acusar á Francia de ambición? En realidad, después de tanto buscar, después de tantos errores y desengaños, ¿se habría al fin dado con el objeto de compensación?

Francia sólo deseaba una ocasión para entablar las negociaciones, y una insinuación procedente de La Haya le proporcionó el pretexto que buscaba.

En medio de las transformaciones que habían sido consecuencia de la jornada de Sadowa, una inquietud bastante viva traía agitados á los ministros holandeses, á saber, el temor de que se considerara á Holanda como la prolongación de la Alemania ensanchada, y de que Prusia, fundándose en cierta comunidad de raza y en ciertas analogías de interés, les propusiera una alianza íntima, peligrosa de admitir y difícil de rechazar. El jefe del gabinete de La Haya, Sr. de Zuylen, dominado por esta preocupación, se atrevió á dar un paso muy grave: el 20 de febrero, el representante de los Países Bajos en París, Sr. de Lightenfeldt, presentóse al ministro de Negocios extranjeros, y en forma completamente ofensiva y amistosa preguntó al Sr. de Moustier cuál sería la actitud de Francia si Holanda, sin provocación alguna, se veía algún día amenazada por Alemania.

Una gestión que tanta confianza revelaba permitía

al gobierno imperial entrar á su vez en el terreno de las confidencias; así es que el Sr. de Moustier, si bien dando á entender que aquellos temores le parecían exagerados, protestó de una manera general de sus simpatías por los Países Bajos. Poco después, el 28 de febrero, expuso en un despacho dirigido á nuestro ministro en La Haya, Sr. Baudin, el principal peligro que en su concepto podía amenazar á Holanda; este peligro estaba en los documentos de 1815 que habían hecho entrar en la Confederación al Limburgo, lo propio que al gran ducado, y habían introducido en la plaza fuerte del Luxemburgo una guarnición prusiana, lo cual creaba al gran duque desagradables puntos de contacto y una situación algo litigiosa enfrente de un vecino invasor. Francia no dudaba de que, habiendo dejado de existir la antigua Confederación germánica y no comprendiendo la nueva más que territorios alemanes, el Limburgo y el Luxemburgo habían recobrado su antigua condición de provincia holandesa el primero, y de provincia independiente el segundo; tampoco dudaba de que había caducado el título de la ocupación prusiana; pero era menester que estos principios fueran reconocidos en Berlín, y hasta entonces el gabinete de La Haya no había podido obtener ninguna seguridad positiva sobre este particular. Al llegar á este punto de su despacho, el Sr. de Moustier se brindaba á negociar directamente con Prusia para resolver la evacuación de la plaza fuerte: «No es probable, añadía, que el gobierno prusiano, que se esfuerza por estrechar sus relaciones con Francia, haya premeditado conservar, contra toda especie de derechos, fuera de sus fronteras y tan cerca de nosotros, una guarnición inútil desde el punto de vista de su defensa natural y de un carácter para nosotros eminentemente ofensivo.» Dicho esto, el Sr. de Moustier entraba, por fin, en la parte que más hondamente le preocupaba: «Yo voy más lejos, añadía; en mi concepto, puede admitirse que aceptando con agrado el hecho de una reunión del gran ducado á Francia, el gabinete de Berlín entendería realizar un acto de política hábil, y gustoso nos daría una satisfacción moral y material que, haciendo más íntimas las relaciones de los dos países, contribuiría á la paz de Europa.» Después de haberse espontaneado de este modo, el Sr. de Moustier demostraba con gran energía las ventajas de la cesión, diciéndole que este acto, con el cual el rey gran-duque daría gusto á sus súbditos holandeses, bien convencidos de los peligros del dualismo, no sería menos grato á los luxemburgueses, quienes temían en extremo ser anexionados á Alemania. Añadía que se decretaría un plebiscito á fin de que nada pudiera consumarse sin el consentimiento del voto popular, y que de allanar todos los obstáculos se encargaría Francia, la cual, á fin de evitar toda mala inteligencia, deseaba negociar sola, no dudando de que sus intenciones conciliadoras alejarían toda causa de conflicto (1).

Esta respuesta era más de lo que deseaba el gobierno real y gran ducal. Holanda temía á Prusia, pero ¿sería un medio de contener á ésta ceder el Luxemburgo á Napoleón, ó, por el contrario, surgiría el conflicto del acto mismo de suprimir todo contacto con Alemania? ¿Eran tan íntimas y cordiales las relaciones entre Ber-

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, págs. 7-12.

lín y París? Y Prusia que afirmaba esta amistad ¿creía completamente en ella? El gobierno imperial, sin embargo, parecía resuelto á llevar á cabo la negociación y hasta fué al Luxemburgo un funcionario francés para sondear el ánimo de las poblaciones y reavivar las simpatías en favor nuestro. Al tener noticia de esta ingerencia, los consejeros del rey Guillermo de Orange se alarmaron y el Sr. de Lightenfeld recibió el encargo de protestar cerca del Sr. de Moustier, el cual negó la misión y afirmó que el funcionario cuyos actos se denunciaban había ido al gran ducado por asuntos de familia y que, aunque de paso recogiera tal vez algunos informes, sería desnaturalizar el viaje atribuirle una significación política. «Era natural, siguió diciendo el ministro, que los luxemburgueses desearan conservar su autonomía bajo el cetro de la casa de Orange; pero si fuese necesario un cambio, todas las preferencias populares serían para Francia.»

El Sr. de Moustier, reproduciendo y aun acentuando sus declaraciones precedentes, no ocultó que el emperador deseaba vivamente la anexión y que los últimos acontecimientos la hacían para él indispensable. A cambio de la cesión, el gabinete de las Tullerías garantizaría á la Holanda, incluso el Limburgo, contra toda presión moral y material de Berlín. Por otra parte, añadía el Sr. de Moustier, Prusia seguramente no se opondría á la reunión, sino que se dejaría obligar y evacuaría de buen grado la plaza fuerte. Al final de la entrevista, el ministro negó muy formalmente todo espíritu de conquista, toda codicia territorial; pero hizo observar que, desde el punto de vista estratégico, el emperador no podía dejar en manos de Prusia, que ningún derecho á ella tenía, una plaza de primer orden situada en cierto modo en la frontera de Francia, y desde el punto de vista político debía alguna satisfacción al amor propio de su pueblo, ya muy lastimado por los últimos acontecimientos. Esta sobreexcitación era tal, decía el Sr. de Moustier, que si no se calmaba, daría, más ó menos tarde, lugar á la guerra, la cual, según todas las apariencias, redundaría en perjuicio de los pequeños Estados, pudiendo el rey gran duque perder en ella á la vez el Limburgo y el Luxemburgo (1).

Francia, al asumir el cuidado de arreglarlo todo en Berlín y al afirmar de antemano la buena voluntad de Prusia, obraba con lealtad y sinceridad perfectas, porque Bismarck, á pesar de algunas fórmulas equívocas, continuaba empleando un lenguaje bastante favorable. En sus últimas entrevistas con el Sr. Benedetti habíase limitado á invocar las repugnancias de su soberano, repugnancias que, sin embargo, iban ya cediendo, y, por último, había dado á entender que toda la resistencia, caso de que la hubiera, se reduciría á una protesta de pura fórmula, ya que, después de todo, si á la casa de Orange le daba la gana de desprenderse del Luxemburgo, la transacción sólo afectaría á Alemania de una manera indirecta y demasiado débilmente para que interviniera en el asunto. En tales condiciones fué plantea-

(1) Despacho del presidente del gobierno luxemburgués al señor de Lightenfeld, de 5 de marzo de 1867, é informe del Sr. de Lightenfeld al secretario del rey para los asuntos del Luxemburgo. (Véase Servais, ex plenipotenciario luxemburgués en la conferencia de Londres, *Le Grand Duché de Luxembourg et le traité de Londres*, págs. 66-67, 70-75.)

da la cuestión al rey gran duque, el cual, contestando á las insinuaciones de nuestro ministro plenipotenciario, Sr. Baudín, replicó ante todo que rechazaba toda negociación secreta y que sólo aceptaría la negociación si Prusia entraba en ella. El Sr. Baudín manifestó que Prusia aceptaría el hecho consumado, pero se negaría á figurar en la transacción y á dar su consentimiento por anticipado. En el curso de la conversación, el diplomático francés puso gran celo en desvanecer los escrúpulos y disipar los temores, y después de haber reproducido todos los argumentos aducidos ya por el señor de Moustier, añadió que se discutiría la indemnización que había de ser el precio de la cesión. El monarca, que tenía gran necesidad de dinero, no fué insensible á la perspectiva de llenar con una enajenación oportuna los huecos de la caja real, y mostrando, al parecer, cierta vacilación, dijo repetidas veces que ya vería, que consultaría, y despidió á nuestro enviado en términos que nada tenían de descorazonadores.

¿Estaba Francia realmente de acuerdo con Prusia? Tratando con una de estas dos potencias, ¿no se despertarían las suspicacias de la otra? Tal era para el rey de los Países Bajos el principal, el único cuidado. Por aquel mismo tiempo, las discusiones de las Cámaras, lo mismo las del Cuerpo legislativo que las del Parlamento de la Alemania del Norte, revelaban, á despecho de todos los eufemismos oficiales, las obstinadas desconfianzas que preveían en París y las ideas de absorción que persistían en Berlín.

El día 14 de marzo de 1867 inicióse en el Palacio Borbón un gran debate sobre los asuntos exteriores, que fué ocasión de un examen general en el que no se omitió nada de los sucesos pasados: la oposición habló por boca de su orador más ilustre, Thiers; el gobierno por la de su orador más elocuente, el Sr. de Rouher; pero los discursos de una y otro, todos en el fondo tenían una tendencia común á poner en el activo de Francia todo lo que fuera limitación del poderío prusiano. Prusia constituía la única preocupación, y hacia ella se dirigían todos los pensamientos hasta cuando de ella parecían apartarse; y desde las tribunas, los oyentes extranjeros, ora procediesen de Alemania ó de otras partes, podían observar ese estado de ánimo que hacían aún más perceptible los silencios, los asentimientos, los murmullos, en una palabra, todos esos movimientos que escapan á todo disimulo y que permiten hacerse cargo del alma de una asamblea. Lo más singular, y también lo más alarmante, era que esas manifestaciones se producían instintiva y casi involuntariamente; si se hubiese interrogado individualmente á todos los diputados, desde los más alarmados, como Thiers, hasta los más optimistas como el Sr. Rouher, no habría habido uno solo que no hubiese negado toda idea belicosa. Esto mismo revelaba los sentimientos de amor propio herido, de malestar irritado, de mal reprimidas envidias que subsistían después de Sadowa; y era, en verdad, menester que tales sentimientos fuesen muy fuertes para que de ellos estuviesen penetrados todos los discursos, incluso aquellos que en sus conclusiones predicaban la prudencia y la paz.

La discusión duró cuatro días, terminando el 18 de mayo; y en este día precisamente llegó de Berlín la réplica, lacónica, decisiva, audaz, como una provocación.

Discutiase entonces en el Parlamento de la Alemania del Norte el proyecto de constitución, y uno de los diputados, el Sr. de Carlowitz, subió á la tribuna, se lamentó de que el territorio federal tuviese enojosas soluciones de continuidad, expresó el temor de que los Estados del Sur pudieran unirse con alguna potencia extranjera, especialmente con Francia, y dijo que era muy de sentir que no se hubiese imposibilitado esta alianza por medio de tratados positivos concertados con la Alemania meridional. Bismarck aprovechó aquella ocasión que se le ofrecía para dar explicaciones, y la aprovechó con tanto ardor, que no parecía sino que él mismo la había provocado. «Hoy declaro, dijo, que las relaciones entre el Norte y el Sur se han garantizado por medio de tratados desde que se firmó la paz.» La asamblea aplaudió. «Espero, añadió el primer ministro en tono de burla, que esto tranquilizará al preopinante.» La respuesta era dura para Francia y el golpe resultaba asediado con una ironía fría y abrumadora. Thiers había hablado de vigilancia para impedir la absorción completa y el Sr. Rouher había repetido muy ingeniosamente la teoría que se llamó de los tres pedazos separados (al Este Austria, al Norte Prusia con los Estados septentrionales, y al Sur los Estados de la margen izquierda del Mein), y he aquí que se anunciaba á uno y á otro, con tranquilo aplomo, que la vigilancia sería en lo sucesivo inútil y que los tres pedazos separados se habían unido. Al día siguiente, *El Monitor prusiano* y *La Gaceta de Baviera* publicaron los tratados. Grande fué la sensación que éstos produjeron en Europa; pero ¿cuánto mayor no habría sido si la revelación hubiese cogido de sorpresa, en vez de ser como era esperada, y si el secreto no se hubiese ya traducido anteriormente! De todas las potencias, el Austria era la que más motivos tenía para quejarse, pues con razón podía considerarse burlada: en efecto, el tratado de Praga era del 23 de agosto y proclamaba la independencia del Sur; y los recientes tratados de alianza que, en caso de guerra, aseguraban á Prusia el auxilio de los Estados meridionales, llevaban las fechas de 13 de agosto el de Wurtemberg, del 17 el de Baden y del 22 el de Baviera, de modo que aquél había sido violado aun antes de que se firmara. El embajador de Austria en Berlín protestó, si bien con moderación, pues en aquel entonces su gobierno no tenía más política que la de resignarse; y Bismarck contestó á sus quejas confesando la insurrección, pero añadiendo, para justificarse, que las peticiones, las intimaciones y las amenazas de Francia le habían obligado á obrar de esta suerte. A lo menos así lo dijo algunas semanas después el Sr. de Beust al Sr. de Gramont (1).

El destino de los Estados pequeños es observar con perpetua solicitud las maniobras de las grandes potencias á fin de sacar de ellas los indicios de sus propios peligros y de su seguridad. Los debates que se desarrollaban en París y las revelaciones que se publicaban en Berlín indicaban que era muy frágil la armonía reinante entre ambas cortes; la débil embarcación de Holanda, al mezclarse en las evoluciones de los dos grandes buques, corría peligro de estrellarse, de suerte que se imponía la prudencia. El rey de los Países Bajos, cuando

(1) Despacho del duque de Gramont, de 27 de abril de 1867 (*Correspondance inédite*).

volvió á ver al Sr. Baudín, sólo habló de garantías y le dijo que no le bastaba con que los luxemburgueses consintieran en cambiar de dueño, sino que era además necesario otro consentimiento, á saber, el de las potencias que, al firmar el tratado de 19 de abril de 1839, habían determinado la condición del Luxemburgo. De nuevo se acumularon todos los recursos para vencer las vacilaciones del monarca; pusieron en juego, según se asegura, influencias extradiplomáticas, y otra vez se ofreció á los ojos del rey la perspectiva de una cuantiosa indemnización. La verdadera prudencia, decíase, no consistía en conservar el Luxemburgo, sino en desembarazarse de él y suprimir de este modo todo contacto con Alemania, argumento al cual se añadía el deseo de los holandeses, hostiles en extremo al dualismo. Vencido por todas estas razones, el rey cedió ó, por lo menos, aparentó ceder y quedar convencido, y en 26 de marzo, en una carta dirigida al emperador, anuncióle su propósito de realizar la cesión. El 28, el príncipe de Orange, hijo del rey, que solía residir en París, recibió de su padre el encargo de ir á las Tullerías y confirmar la noticia; y habiendo sido la respuesta de Napoleón de completa conformidad, ambas partes pudieron considerarse virtualmente obligadas. El Sr. de Tormaco, presidente del ministerio gran ducal, fué llamado á La Haya para refrendar el tratado de abandono.

¿Sería esto un triunfo? Apenas nos atrevemos á estampar esta palabra. El Sr. de Moustier no había aún hecho efectiva la adquisición y ya la inquietud se sobreponía en él á la alegría. El rey de los Países Bajos había cedido, pero sólo aparentemente; y dominado por el temor de alguna contienda funesta con su poderoso vecino, había considerado que la prudencia le obligaba en primer término á ponerse en regla con Berlín. El mismo día en que escribía á Napoleón, había mandado llamar al representante de Prusia y, medio en forma de confesión, medio á modo de petición de consejo, se lo había revelado todo, pues, según decía, nada quería hacer á espaldas de su aliado, y esperaba que Su Majestad apreciaría su franqueza. La precaución parecía conveniente, y, sin embargo, de hecho, ninguna temeridad habría podido compararse con aquella inoportuna prudencia: en efecto, en Berlín se quería ignorar la negociación, á fin de poder afirmar á la faz de Alemania que había habido verdadera sorpresa, y protestar, á lo menos por fórmula, para no tener que hacer más que tomar nota del hecho consumado; y aquella malhadada comunicación venía á comprometer la cesión aun antes de estar definitivamente acordada. El Sr. de Moustier, al tener noticia de la indiscreción, vió desde luego el peligro, pero era ya demasiado tarde para evitarlo, y en 30 de marzo escribía á su representante en La Haya estas líneas llenas de previsión y de inquietud: «Una negociación delicada, cuyos hilos debíamos con razón conservar en nuestras manos, y á la que queríamos conservar, mientras fuera necesario, un carácter confidencial, ha sido publicada oficialmente, sin nuestro consentimiento y sin nuestro concurso. Deseo que esto no dé lugar á ningún enfadoso incidente (2).» ¿Cuán justificada era esta previsión! Los acontecimientos posteriores habían de demostrarlo sobradamente.

(2) *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 17.